

Permítaseme que evoque aquí una noche atípica entre las tantas habituales que pasé junto al poeta, junto al hombre Saulo Torón. Debió ser antes de los años cincuenta y con ocasión de una gira que hizo por algunos campos de la isla la Escuela de Canto de Isabel Macario, su mujer y compañera y algunos amigos que, atraídos de una parte por la sugestión lírica y de otra por la perspectiva de vivir un aventura apasionante, seguíamos más bien al poeta. Lo atípico vino a suceder cuando la guagua en la que hacíamos la excursión se averió en una de esas carreteras serpenteantes por las que viajábamos, no sé si entre Teror y San Mateo, o si de San Mateo a Santa Brígida. No podría precisar, pues aparte de que el percance sucedió ya caída la noche, el recuerdo no se fija más que en lo que permitió aquel hecho singular. Abandonamos la guagua y varios de los que íbamos junto a Saulo Torón hicimos un corro a la luz de la luna teniendo a Saulo como polo de atracción. En nuestro entorno se sucedían las canciones que, sin solución de continuidad iban llenando la noche de las melodías más variadas, y hasta —queremos revivirlo— nos parece que la voz irrepetible y única de Isabel Macario llenaba de plenitud aquellos instantes. Fue entonces cuando Saulo Torón, como si de un contrapunto se tratara, fue recitando poemas de Tomás Morales, como fue, entre otros, “La honda”, que dice: “Noches de la Naturaleza / hechas de sombra y de grandeza, / todas misterio y emoción; / para ser grande o valeroso / y tener fuerzas de coloso / o tener garras de león...”. Había como un encantamiento en aquella larga espera propiciada por la avería de la guagua.

Dice Ortega y Gasset que la sensibilidad habría que localizarla en la periferia de la psique. Yo no sé ahora mismo dónde estaba situada aquella noche la sensibilidad de Saulo Torón, cuando, una vez cumplido el rito con Tomás Morales y nos parece que también con Villaespesa y Antonio Machado, dedicó el tiempo que restaba a recitar poemas de su libro “Las monedas de cobre”. Era la primera vez que entraba yo en contacto con la poesía de Saulo Torón, pues aunque iba a su casa habitualmente no me atreví nunca a pedirle prestado ninguno de sus libros. A los pocos días un amigo me facilitó un ejemplar que, aunque muy deteriorado, me sirvió para enterarme de la grandeza de este poeta intimista y lírico. Los días sucesivos a aquella excursión me incitaron a que mis lecturas se centraran en los tres poetas: Saulo, Tomás y Alonso. Y sí, había en la biblioteca de mi padre una edición de “Las Rosas de Hércules” y otra de “El lino de los sueños”. Ya he dicho cómo logré “Las monedas de cobre”.

Era difícil que Saulo Torón hablara de su obra. ¿Por qué era esto así? Porque algo ajeno conmovía la sensibilidad del poeta; algo que, en función de la circunstancia histórica que vivíamos, le afectaba en lo más hondo; algo que se salía de toda precisión intelectual. Se trataba de aquella desproporción frenética que produjo la Guerra Civil, que decantaba tanto la injusticia como la crueldad. El poeta no podía ser indiferente a las consecuencias de aquel enfrentamiento trágico y fratricida. No podía ser indiferente, porque Saulo tenía una muy rigurosa exigencia interna y una mentalidad que se oponía a toda idea opresora.

“Quizá, por fortuna, nosotros los insulares podamos comprender y sentir mejor que otros hispanohablantes la poe-

Evocando

a

Saulo Torón

por Agustín Quevedo

sía de Saulo Torón. Ella llegará —como sin duda llega— a muchos lectores de distintas y alejadas regiones de nuestro idioma; pero acaso nosotros penetremos más íntimamente en ella, sobre todo si hemos mantenido alguna amistad con el autor de los poemas. De mí sé decir que en los cinco libros de Saulo (...), hallo siempre al hombre que conocí, cuya conducta admiré, cuyas reacciones generosas (ya movido por la fraternidad, ya por la indignación justa) hube de presenciar en algunas ocasiones memorables, y cuyas ideas estéticas —tal vez distantes de las mías— pude escuchar de sus mismos labios”. El párrafo pertenece al ensayo “Recordando a Saulo Torón” —en realidad es una conferencia— del libro último de Ventura Doreste “Análisis de Borges y otros ensayos”. Y de Saulo hablamos en más de una ocasión Ventura y yo que, sin embargo, nunca coincidimos en la casa del poeta. Él iba a otras horas que las de las clases de canto que impartía Isabel Macario, preferentemente por la tarde, a las cuales acudíamos nosotros como discípulos poco aplicados. Y subrayo lo que advierte Ventura en que, para impregnarse de la voz poética de Saulo Torón, voz tan fervorosamente suya, en toda su dimensión lírica, había que mantener alguna amistad con el poeta. Yo me precie de haber mantenido esa amistad con el autor de “Las monedas de cobre” a lo largo de muchos años, hasta el día mismo de la muerte del poeta. Fue una amistad casi convivencial, a pesar de la diferencia, de bastantes años, que me llevaba. Diferencia que no fue nunca obstáculo para un total entendimiento, aunque, como le ocurriera a Ventura, pudiera mantener distancias con sus ideas estéticas. Vivíamos, claro está, la realidad desde actitudes diferentes. Mientras él releía una y otra vez, incansablemente, a su entrañable Tomás Morales, yo estaba descubriendo por vez primera a Eugenio de Nora o Blas de Otero. Desarrollos dinámicos que fueron siempre, y a pesar de esas diferencias, lógicas, por otra parte, de aproximación y nunca de separación. Saulo Torón era, fue, un hombre ejemplar. Todo él constituía un poderoso centro de atracción y con un carisma poderosísimo. El fervor que ponía en expresar su amistad es algo que no pueden olvidar nunca los que le conocieron. Si ponía un entusiasmo realmente dionisiaco al evocar a Tomás Morales o a Alonso Quesada, también hacía notar, adoptando una seriedad apasionada, su actitud frente a la intolerancia y al despropósito. Le enfermaba la injusticia.

El primer cuarteto del soneto en alejandrinos de “Las monedas de cobre” define perfectamente la actitud existencial del poeta. Dice así el cuarteto:

“Mi verso es el sereno manantial de mi vida
donde fluyen acordes todas mis emociones;
cada emoción que pasa deja una estrofa urdida
con el lino invisible de las meditaciones”.

Mucho meditó Saulo Torón a lo largo de su dilatada vida. Desde lo que fue enseñanza positiva, esencializada en su hermano Julián, hasta esa religiosidad amistosa —de entrega fecunda y modélica— junto a los poetas Morales y Quesada; desde la importancia amorosa junto a Isabel Macario, hasta la paradigmática ternura con sus hijos Saulo y María Isabel; desde plenitudes líricas a depresivas introversiones. “Yo soy alguien que sufre tan seriamente, que no creo que exista el sosiego”, nos vino a decir en una de aquellas tardes en la que su espíritu se desvanecía en el desaliento.

“El placer fugitivo que se esfuma en la hora,
el dolor del presente y el fracaso de ayer;
y la angustia infinita del corazón que llora
por el perdido encanto que ya no ha de volver”.

Los versos corresponden al segundo cuarteto del soneto ya aludido más arriba. Nos descubre aquí el poeta esa prominente fluencia de la dimensión angustiosa de su yo. ¿Se complace el autor de los versos en la angustia del corazón que llora? No; más bien nos revela la inaceptación de un mundo en el que el hombre más que acercarse a la plenitud o la perfección, se pierde, inexorablemente, en la aridez, en el pesimismo.

Como individuo, como persona comunicante, Saulo Torón, lo mismo que Antonio Machado, fue un hombre bueno. Atributo que determinaba su sentimiento con una significación apasionada por las gentes y las cosas. Parecía que constantemente buscara su identificación entre los demás. Más que identificación, su identidad, pues siempre había en él una idea fija y manifiesta: la de censurarse —por haber sobrevivido a tantos y tantos amigos, es un ejemplo—, y la de enjuiciarse—por no haber hecho todo lo que pudo haber hecho, que es una forma de llegar al descubrimiento de uno mismo—. Saulo Torón fue un hombre en el que tanto las sensaciones como las percepciones, los sentimientos y las vivencias le creaban un flujo único que explicaba el elemento único de su bondad. Pero fue, eminentemente, austero, sin dejar de ser comunicativo. Y comunicaba, como nadie, su honda preocupación por lo que sucedía en torno a su circunstancia. Preocupación apremiante, que le conmovía, por ese hombre que, aunque anónimo, sufría de privación de libertad o de escasez, de persecución o agresión. Una constante vital y obsesiva. Una constante en el tiempo que no cesaba de repetirse a través de tantas y tantas experiencias. “No puedo evadirme de ninguno de los tiempos que he vivido”, decía a menudo el poeta. Podríamos traer aquí lo que afirma Derek Parfit en su ensayo “Identidad personal y racionalidad”, y meditar, a continuación, en sus contenidos: “Lo que es interesante en la identidad personal es la relación entre mi yo de ahora y mi yo mismo en otros tiempos distintos. Esta relación no es en sí misma la de la identidad personal; pero es la relación, o el conjunto de relaciones cuya perdurabilidad hace verdadera la identidad personal en el tiempo. Y estas relaciones no rigen entre personas consideradas fuera del tiempo. No valen ni para personas diferentes, ni para una persona consigo mismo. Se aplican a la persona en un momento dado y a ella misma en distintos tiempos”.

Los seis últimos versos del soneto que veníamos comentando hablan de cadencia y serenidad, de diafanidad y transparencia, pero substancialmente de bondad y amor.

“Todo fluye en mí mismo cadencioso y sereno,
sin reproches violentos, porque he sido tan bueno
que a Nazareth me llevan la Humildad y el
[Perdón...
Y si el mal algún día viene a enturbiar la fuente,
el Amor la mantiene más pura y transparente,
diáfana, como el oro de una constelación”.

“Lo primero que ocurre afirmar —subraya Francisco Ynduráin en el prólogo a la edición de “Poesías” de Saulo Torón por el Cabildo Insular de Gran Canaria, en 1970—, y como caracterización más amplia y abarcadora, es que tras el libro, en cada poema, hay nada menos que todo un hombre; que la poesía brota como honda emanación del espíritu y de la sensibilidad de alguien comprometido, vital, íntegramente comprometido. No es poesía deshumanizada ni por modo lúdica. Ahora bien, si se tiene en cuenta que Saulo ha publicado en las postrimerías del modernismo, y se recuerda que ha convivido y sobrevivido la serie de ismos en que se ha practicado la asepsia sentimental por aquello de que es con los buenos sentimientos con lo que se hace la mala literatura, se podrá comprender cuán auténtica ha sido su voz y qué seguro su rumbo poético”. No podíamos sustraernos de traer aquí este párrafo tan esclarecedor y rotundo del profesor Ynduráin, porque en el proceso, que podemos calificar de singularísimo de la poesía de Saulo Torón hay una autenticidad afectiva que quiere, siempre, convencer con lo sencillo; una poesía que aspira —igual que la de su admirado Antonio Machado— a subrayar la riqueza comunicativa del verso. A subrayarla y a destacar, también, el punto emocional que nutre todo afecto entre los hombres.

Muchísimo más podría yo decir de mis contactos personales y afectivos con el poeta. Podría referirme a aquella reacción que tuvo cuando conoció, por un amigo que le visitaba con cierta frecuencia, el gesto valiente y firme, pero lleno de riesgos, de un conocido profesor de francés cuando, enfrentándose a los pirómanos de libros, del nuevo régimen político, les dijo con extraordinaria decisión: “Si han de quemar mis libros quémense con ellos y con mi casa. Si no ha de ser así, no traspasen el umbral de esta vivienda”. O a aquella otra de una discusión apasionante y apasionada con Miguel Benítez Inglott a propósito de un libro de Vicente Aleixandre, me parece que “La destrucción o el amor”. O de su actitud, tremendamente preocupada, frente a las muertes de Claudio de la Torre y Juan Pulido. “Ya no podré soportar más muertes de amigos. No debo ser yo el último que se muera”, dijo con un patetismo sobrecogedor. O de su prestancia para evocar otros tiempos mientras escuchábamos cantar a los alumnos de Isabel Macario. O la de su peculiaridad para sorprendernos con su humor y su palabra. Alguna vez, acaso, me atreva a contar éstas y otras cosas, pero, mientras tanto, resaltemos la importancia de esta nueva edición, en facsímil, de “Las monedas de cobre” por la Caja Insular de Ahorros de Canarias, que no ha olvidado que Saulo Torón es uno de los más importantes y característicos poetas nacidos en el Archipiélago y un ilusionado cantor de las intimidades del mar que nos rodea. La sombra del primer centenario de su nacimiento sigue siendo alargada. Todos esperamos que esta edición, y en años sucesivos, le sigan las del “Caracol encantado”, “Canciones de la orilla” y “Frente al muro”, sin olvidar sus certeras “Poesías satíricas”.